

# NARRATIVAS DE MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN MÉXICO: REFLEXIÓN CRÍTICA DESDE EL ANÁLISIS POLÍTICO DEL DISCURSO Y LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

---

MÓNICA GARCÍA CONTRERAS

Departamento de Investigaciones Educativas, CINVESTAV-IPN

**RESUMEN:** Este trabajo intenta mostrar, desde un posicionamiento crítico exploratorio fundado en la perspectiva del análisis político del discurso y la perspectiva de género, que las formas narrativas sobre los movimientos estudiantiles en México se han articulado mayoritariamente bajo una base ideológica generizada que toma a determinados sujetos masculinos como los articuladores, protagonistas, impulsores y destinatarios de los sucesos históricos, estableciendo con ello no sólo discriminaciones políticas, sino también el reconoci-

miento de ciertos modos de acción y de ser como los únicos valiosos y/o memorables para el recuento histórico. En este sentido se sostiene también que las mujeres han ocupado un lugar diferenciado y subordinado en los recuentos analizados, que sus logros han sido caracterizados bajo entendimientos tradicionales del sistema sexo-género, menospreciando su nivel de impacto a nivel histórico y a nivel de memoria colectiva.

**PALABRAS CLAVE:** Movimientos estudiantiles, género, feminidad, masculinidad.

## Introducción

En años recientes se ha insistido en la necesidad de conocer y restituir a las mujeres su historia, de integrarlas a la misma, de analizarlas como sujetos históricos, a la vez que crear una conciencia de la especificidad histórica femenina tanto entre las propias mujeres, como en la historiografía en general (Ramos, 1992, p.10).

Si bien existe a nivel internacional un importante y amplio corpus de escritos en relación con ello, en el caso de México los avances han sido lentos, desiguales, y aún insuficientes. Seydel (2006, p.20) señala que incluso en las revisiones más recientes de la historia mexicana se ha reflexionado poco en la importancia de la categoría género en la historiografía, en el lugar que tienen las mujeres de diferentes estratos sociales durante las trans-

formaciones y los procesos históricos que conciernen a las relaciones de género, así como en la memoria histórica en lo relativo a estos temas.

Cano y Valenzuela (2001, p.12) así mismo indican que en el medio académico mexicano no se han discutido los aspectos discursivos y simbólicos del género, que la disciplina de la historia se ha mostrado reacia a incorporar a las mujeres como objeto de estudio y al género como perspectiva analítica.

Ello se debe, a que al incluir a la mujer como sujeto, la perspectiva de la sociedad como un todo uniforme se modifica. El género no es sólo un problema de mujeres, ni sólo significa abrir espacios para ellas, sino que supone repensar e incluso sustituir la historia desde el punto de vista de sus jerarquías, pues el género es el primer modo de significar las relaciones de poder, situándose más allá de los espacios temporales ordinarios de la historia (Scott, 1996; Tuñón, 2002; Seydel, 2006).

Otro problema mayor es el del lenguaje. En el sector académico mexicano no queda claro que la misma estructura del lenguaje inserta puntos de comparación no expresos en el seno de las categorías, los cuales ciegan su perspectiva e implican erróneamente una conformidad natural con el mundo (Scott, 1996, p.72), que hace falta indagar en las estructuras discursivas y pensar cómo esto puede ser útil para formular otras formas de historia.

## **Los agentes en los movimientos estudiantiles**

Las narrativas analizadas para este trabajo (las cuales no pueden ser detallados aquí) se centran en las acciones realizadas por los estudiantes como colectivo. Sin embargo dichas acciones se relacionan con determinadas representaciones de género y con términos referidos a la diferenciación sexual. Entre varias cosas que iremos desglosando se destacan las funciones de los líderes como los actores importantes, que si bien no eran todos hombres en realidad, en el esquema que describen sí lo son.

Los estudiantes son caracterizados como poseedores de una capacidad de control de las masas que los obliga a ocupar una posición central de trascendencia ante cualquier diagrama, se les atribuyen competencias como el ejercicio de un poder demiúrgico (Schneider, 2003: 333), capacidades de acción decisivas, una elevada autoridad que se opone al

Estado considerado represor, un orden de destino transformador que inscribe lo político y capacidades de resistencia que los mantiene fuera del espacio del sometimiento.

El que el estudiantado sea un sector no sometido al control del Estado le da la virtud de ser en estos últimos años un factor catalizador de la sociedad mexicana. Los esfuerzos del Estado por controlarlo han sido frustrados, contrariamente a lo que ocurre en otros sectores, en donde el Estado ejerce un gran control: obreros, campesinos y empleados públicos...En lo fundamental quedan sólo dos actores en el escenario político: los estudiantes y el gobierno (Bonilla, 1971, p.88, 94).

La diferencia que se establece entre los estudiantes “no sometidos” frente a otros sectores sociales “controlados” por el Estado, es relevante en tanto que muestra la manera en que las narraciones históricas analizadas sedimentan y centralizan una identidad estudiantil en base a descripciones relacionadas a la dominación del sí mismo y/o el no sometimiento (consideradas características positivas), en contraposición al rol negativo asignado a otros sectores sociales a través de una representación de dominados, que implica a su vez disminución en su nivel de importancia social y su eliminación como agentes potencialmente transformadores del escenario político.

El poder de dominación sobre sí mismos se instaure como un bien simbólico que impone un sentido del honor en la lucha social que se describe y que según Bourdieu (2005, p.66) es el principio indiscutido que debe realizarse para estar en regla y seguir siendo digno, ante los ojos de una cierta idea de Hombre, es decir, que se halla en la relación entre un hábito construido de acuerdo con la división fundamental entre lo recto y lo curvo, de lo erguido y lo abatido, de lo fuerte y de lo débil, en suma, de lo masculino y lo femenino, sobre todo si contextualizamos dichas categorías dentro del marco de la cultura patriarcal mexicana.

Dichas dicotomías se relacionan también con la oposición hombre- mujer pues la definición de un puesto investido de autoridad y dominio incluye toda suerte de capacidades y de aptitudes sexualmente connotadas (Bourdieu, 2005, p.82). Estos parámetros sirven para definir cualidades abstractas y características a través de una oposición que se percibe como natural: fuerte-débil, público-privado, racional-expresivo y material-espiritual, ejemplos del código de género en la cultura occidental desde la Ilustración (Scott, 2008: 89).

Otras aptitudes como la autonomía ideológica y organizativa, la resistencia a la manipulación, la aspiración a la transformación y la efectividad en la acción, se agregan a la caracterización dada a los estudiantes y a sus movimientos:

Los movimientos estudiantiles ya no son fáciles de manipular... hoy tienen una autonomía creciente tanto en su organización como en su aspecto ideológico y han logrado subvertir el orden (Burgueño, 1971: 44).

Aunque pareciera que los escritos hablan de los estudiantes en general (esto es incluyendo hombres y mujeres), dichas caracterizaciones están ligadas discursivamente con el sistema de género, y más específicamente con la masculinidad. La diferencia sexual en los escritos se convierte en algo invisible, pues los estudiantes son presentados como una categoría universal, aún cuando es una construcción masculina (Scott, 2008, p.89).

Es a los varones a quienes se les personifica con éstas características “positivas” pues, como veremos más adelante, a las mujeres se les ubica en un 98% de los casos como elementos de apoyo, como testigos de los acontecimientos y/o como víctimas de la represión estatal. Como resultado son los varones los que son identificados como los representantes del sector estudiantil, los que aparecen como los definidores de las problemáticas del mismo y quienes protagonizan las acciones políticas y subversivas más emblemáticas e importantes. Se supone además que las problemáticas de las mujeres estudiantes quedan incluidas en las de los hombres.

La carga simbólica y la identidad dominante de los estudiantes se refuerzan al aparecer éstos como seres independientes, organizados, resistentes a la manipulación, transformadores y subversores del orden establecido. Se fijan imágenes del grupo de los estudiantes cargado de fortaleza y poder que adquieren mayores dimensiones al engarzarse con la reiterada voluntad de lucha, combate y conquista democrática que se describe como parte de sus elementos característicos primordiales:

Todos tienen muy presente que están frente a una lucha de carácter democrático... múltiples lemas expresan sus pensamientos: “Respeto a la constitución”, “La juventud se justifica luchando”... “Gloria a la unión combativa de todos los estudiantes del pueblo del México (Ramírez, 2008: 62).

Nos improvisamos como escritores subversivos de frases cortas: “La razón y la ley son las armas universitarias”, “Exigimos libertad”, “Luchamos por los derechos del

pueblo mexicano”, “Los campesinos en lucha con los estudiantes por las libertades democráticas”, “No luchamos por la victoria, luchamos por la razón” (Martínez, 2008: 38).

Quiero enfatizar el uso de las palabras lucha, unión combativa, conquista, derribar el mito de la invulnerabilidad, poder, subversión, armas, victoria y libertad para sustentar que buena parte de las narrativas construyen las caracterizaciones de los estudiantes y sus proclamas con conceptos relacionados a la guerra, el quehacer bélico y a sus aparatos simbólicos.

La lucha y el combate son significantes por excelencia de la hombría, dentro del imaginario social y el orden simbólico tradicional, son espacios de actividad masculinos en tanto implican atributos como el ataque, la acción, la planeación, la estrategia y tácticas de ejecución (Rayas, 2009: 53). Ello se relaciona con la disputa y la rivalidad que son características de las relaciones entre los hombres dentro de la configuración del mundo patriarcal (Lagarde, 1992: 14), y con la guerra, último reducto de la definición de masculinidad en dónde se conforman y confirman ideas en torno a la construcción de qué es ser hombre en el imaginario social (Rayas, 2009: 54).

Sin embargo las actividades de lucha y combate son llevadas a cabo por los estudiantes, no a través de los medios bélicos acostumbrados, sino por medio de la lucha de la razón, del trabajo intelectual, de la estrategia innovadora, la organización de actos multitudinarios, inesperados y/o sorprendidos para el oponente “despótico” quien “se atemoriza” ante tales expresiones.

El activismo estudiantil y los movimientos en sí se conciben como fenómenos articulados por estudiantes dotados con características de hombría en su construcción occidental tradicional, misma que acentúa el dominio del hombre, la fuerza física, la inexpresividad emocional, la competitividad, la demostración continua, etc. (Sabo, s/f, p.4), aunque matizados por una racionalidad estratégica, un conocimiento de acciones políticas efectivas y saberes específicos para el control de las masas, conformándose parámetros y patrones de conducta e imágenes identitarias estudiantiles que representan y valoran sólo cierto tipo de actitudes masculinizadas.

## El discurso sobre las mujeres

En la mayoría de los escritos revisados a las mujeres no se les nombra, resulta incluso complicado identificar su existencia como parte de los movimientos estudiantiles, salvo cuando se habla de ellas de maneras y en roles específicos.

A las participantes mujeres se les atribuyen características como la constante emotividad, el que iban todas “monas” a las brigadas, el que apoyaban llevando comida, recursos económicos o prestando sus autos. Las participantes son descritas como las que, pese a todo, esperaban en los hospitales y buscaban en las morgues a sus hijos, hermanos y compañeros, como las que lloran, las que fueron testigos de torturas, como las que se acuerdan en los momentos de mayor crisis de su peinado, de sus faldas, o de lo guapo que lucían algunos soldados y que por ello no podían creer que eran asesinos, etc. (Ramírez, 2008; Guevara, 1988; Guevara y Álvarez, 2008; Poniatowska, 1997).

Las muchachas de filosofía regresaban de las brigadas todas monas, todas sonrientes y nos decían: “compañeros, hoy fuimos a ver a los obreros y fue retebonito, reteemocionante. Les dimos su volante: toma obrero, toma obrero, toma obrero. Los obreros decían ¿Y ahora éstas que se traen? Y los estudiantes les parecíamos medio payasitos, si no es que pendejitos (Poniatowska, 1997, p.29).

Por lo general la aparición del sector femenino en las narrativas tiene la función de ejemplificar no un actor con poder o capacidad de agencia en los mismos términos que los varones, sino el rol de asistentes, el de víctimas inmoladas, el de objeto de acciones represivas, son encarnaciones emblemáticas de la indefensión.

La represión fue brutal: la policía hizo fuego contra la multitud y los bomberos cargaron con hachas y bastones. El balance posterior seis muertos, entre ellos una jovencita victimada bajo los golpes de hacha de los bomberos (Guevara, 1983, p.143).

Los granaderos, soldados y policías, han llegado, en sus bárbaras acciones, hasta a agredir, detener y molestar a gran número de mujeres y muchachas. Como mexicanas, madres, hermanas, esposas, las integrantes de la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas...llamamos a todas en nuestra patria a que enérgica y rápidamente levanten su voz por medio de cartas, telegramas, manifiestos, etc.; dirigidos a las autoridades de la República para condenar la violencia, defender a sus hijos

y para que se re-establezca la normalidad ciudadana...salir a manifestarse pacíficamente por la vigencia de nuestra constitución y el respeto de los derechos humanos (Ramírez, 2008, p.33)

Como vemos, las propias mujeres se posicionan desde los roles tradicionales de madres, esposas, hermanas para denunciar los abusos por parte de las autoridades. La forma en que se invita a la protesta es bajo maneras aceptables para la forma de ser femenina tradicional: pacíficamente, mediante telegramas y cartas a las autoridades, con el objeto de condenar la violencia, restablecer la normalidad ciudadana, para beneficio de otros (sus hijos).

Es necesario aclarar que no tengo intención de minimizar la importancia de este tipo de participación por parte de las mujeres, sino que me parece necesario enfatizar que son precisamente este tipo de participaciones las que quedan registradas en las narrativas y no otras. De este modo en la construcción de los recuentos históricos sobre los movimientos estudiantiles del pasado se reproduce y prioriza la visión de los roles considerados propios de las mujeres en la sociedad mexicana.

Se confirma lo que señala Tuñón (2006, p.181) respecto a que cuando la historia mexicana se refiere a los movimientos sociales, presenta sólo a aquellas mujeres que han sobrevivido pero reforzando las características que al Estado mexicano le interesa conservar como la dedicación a su casa, a la familia, a los hijos, la sumisión y la abnegación.

En el caso de que se trate de hablar de mujeres que salen de estos entendimientos, como es el caso de algunas líderes estudiantiles, si bien son reconocidas por ciertos valores intrínsecos, dichos valores son de orden distinto al de los varones:

El representante por excelencia de los estudiantes de agronomía de Chapingo, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, es durante el Movimiento la leyenda que un rumor admirativo divulga y consagra. Robusto, verboso, básicamente optimista, Cabeza de Vaca es valiente en grado superlativo y activista de tiempo completo. Lo ciñen las anécdotas: enfrentamientos verbales con porros y policías, intrepidez. Y se van conociendo otros representantes...dos mujeres, a las que distinguirá su valor civil y la saña persecutoria en su contra: Tita Avendaño y Nacha Rodríguez (Monsiváis 2008: 112).

La excepcionalidad de las mujeres mencionadas radica en el valor civil y la saña persecutoria en su contra. Aquí cabe la pena preguntarnos qué se entiende por valor civil y en qué es distinto del valor superlativo del estudiante varón mencionado antes. Suponemos que el valor civil se relaciona a principios de conducta pacífica apegada a los lineamientos establecidos por la ciudadanía, lo cual implica defender las convicciones, pero sin matar ni atropellar a nadie, es decir sin importar una amenaza extrema al orden dominante. Mientras que el valor del estudiante Cabeza de Vaca se refiere al enfrentamiento, la intrepidez, la robustez, el optimismo y la facilidad de palabra, características que lo instituyen como “leyenda”, mientras que el destino de las mujeres es ser objeto de persecución con saña. Tita Avendaño y Nacha Rodríguez quedan ciertamente limitadas en el campo de la acción política, pues dentro de la narración vuelven a ser objeto, en lugar de sujeto al ser perseguidas y al no tener características heroicas como los varones, salvo su valor civil.

## Reflexión final

La intención del presente trabajo no es hacer un juicio de los movimientos estudiantiles, ni desvalorizar los escritos que se han elaborado acerca de ellos. Lo que se pretende es reflexionar sobre las formas narrativas que han integrado el discurso histórico sobre los movimientos estudiantiles en México, revisar las unidades del discurso, las síntesis fabricadas, los agrupamientos que se admiten de ordinario antes de todo examen, así como problematizar y sacudir la quietud con la cual se las aceptan (Foucault, 2010).

## Referencias

- Álvarez, R. (2008). *Los años de la gran represión*. En G. Guevara y R. Álvarez, *Pensar el 68* (pp.139-143). México: Ediciones Cal y Arena.
- Bonilla, A. (1971). *Implicaciones políticas del 10 de junio* en J. Wing (et. al), *Los estudiantes, la educación y la política*, México, Editorial Nuestro Tiempo S.A.
- Bourdieu, Pierre (2005). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Burgueño, Fausto (1971). *Los estudiantes, la educación y la política*. México: Editorial Nuestro Tiempo S.A.
- Cano, G. y G. Valenzuela (coords.) (2001). *Cuatro estudios de género en el México urbano del siglo XIX*. México: PUEG, UNAM, Porrúa.
- Foucault. M. (2010). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI editores.

- Guevara, G. (1983). *Antecedentes y desarrollo del movimiento 1968*. En Gilberto Guevara, *El saber y el poder*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Guevara, G. (1988). *La democracia en la calle crónica del movimiento estudiantil mexicano*, México: Siglo XXI.
- Lagarde, M. (1992). *Identidad y subjetividad femenina*. Nicaragua: Puntos de Encuentro.
- Martínez C. (2008). Imágenes del 68. *Revista de la Universidad de México Nueva Época No. 56, octubre*, México: UNAM. Obtenida el 2 de agosto de 2010 en <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/5608/martinez/56martinez02.html>.
- Monsiváis C. (2008). *El 68 la tradición de la resistencia*. México: Era.
- Ortiz, O. (1979) *Jueves de Corpus*. México: Editorial Diógenes.
- Poniatowska, E. (1998). *La noche de Tlatelolco testimonios de historia oral*. México: Era.
- Ramírez, R. (2008). *El movimiento estudiantil de México T.1*. México: Era.
- Ramos, C. (1992). *La nueva historia, el feminismo y la mujer*. En C. Ramos (comp.) *Género e historia, la historiografía sobre la mujer*. México: Instituto Mora, UAM.
- Rayas, L. (2009). *Armadas un análisis de género desde el cuerpo de las mujeres combatientes*. México: El Colegio de México.
- Sabo, D (n.d.). El estudio de masculinidad género y salud. Obtenida el 18 de marzo de 2011 de [http://www.paho.org/spanish/dbi/po04/PO04\\_body.pdf](http://www.paho.org/spanish/dbi/po04/PO04_body.pdf)
- Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*. Argentina: Paidós.
- Scott, J. (1996). *Historia de las Mujeres*. En P. Burke (ed.), *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Scott, J. (2008). *Género e Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Seydel, U. (2006). *Memoria histórica, etnia, nación y género en Los Recuerdos del Porvenir de Elena Garro, La Corte de los Ilusos de Rosa Beltrán y Duerme de Carmen Boullosa*. En U. Seydel, S. Lorenzano, R. Biron, M. Rodríguez, *Género, cultura y sociedad, Expresiones culturales y de género 3*. México: PIEM-Colegio de México.
- Tuñón, J. (2002). *Las mujeres y su historia, balance, problemas y perspectivas*. En E. Urrutia (co-ord.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México, aportes desde diversas disciplinas*. México: Colegio de México.